

## “Somos el Cuerpo de Cristo que genera Vida y Salud Integral”

“Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos. Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, Y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.”

(Efesios 4:1-16)

El Nuevo Testamento, en especial las cartas de la cautividad del apóstol Pablo, revelan que Dios tiene un plan único y una vida de propósito para cada creyente durante su vida en la tierra. Es el deseo expreso de Dios de que cada creyente sea un miembro activo de la iglesia local, el "cuerpo" local o "familia" de creyentes.

Desde la eternidad, en la sala de parto del cielo, Dios dio a luz a Su Iglesia y todos y cada de sus miembros.

En el lenguaje Bíblico se nos dice "nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de Su Gracia, con la cual nos hizo aceptos en el amado" (Ef 1:4-6)

Si la iglesia de Dios, la *ekklesia del Señor*, no está funcionando como debería estar funcionando no es por falta de revelación, ni de bendición, ni de gracia; sino por nuestro pecado, y la manifestación de nuestra carnalidad nublando el Señorío de Cristo con nuestras actitudes.

El cuerpo de Cristo, Su Iglesia, la Iglesia, columna y baluarte de la verdad se compone de creyentes los cuales tienen el deber de cuidarse mutuamente unos de otros y en consecuencia se edifican unos a otros en Cristo.

Los creyentes deben "hablar la verdad en amor". Y así siguiendo la verdad en amor crecer en todo en aquel que es la cabeza, esto es , Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor"

La exhortación constante es el mandato de que los miembros del Cuerpo de Cristo, Su Iglesia, se dediquen a actividades específicas que permitan al Cuerpo de Cristo funcionar y crecer espiritualmente. La palabra griega que se

utiliza para describir este proceso mutuo y recíproco es: “*al-*  
*el-on*”, que generalmente se traduce por “uno a otro”.  
Excluyendo los Evangelios, el N.T. la utiliza unas 58 veces,  
siendo Pablo el que encabeza la lista con 40 ocasiones.

## **Doce mandatos para una Iglesia Redentora y Sanadora**

1. Miembros los unos de los otros
2. Amándonos los unos a los otros
3. Honrándonos los unos a los otros
4. Siendo de un mismo sentir unos y otros
5. Aceptándonos los unos a los otros
6. Amonestándonos los unos a los otros
7. Saludándonos los unos a los otros
8. Sirviéndonos los unos a los otros
9. Sobrellevando las cargas los unos de los otros
10. Soportándonos los unos a los otros
11. Sometiéndonos unos a otros
12. Animándonos unos a otros

El mayor de ellos es el amor. De las 48 referencias a lo que debemos hacer los unos para los otros como creyentes, 11 veces se nos dice que nos amemos unos a otros. Si añadimos a esta lista la orden de Cristo de “amarnos los unos a los otros” registrada en el evangelio de Juan llegan a 16.

Cuando Pablo estaba entusiasmado con una iglesia que estaba creciendo y madurando, siempre daba gracias por

tres cosas, la fe en Cristo, el amor hacia todos los santos y la esperanza bienaventurada.

Cuando analizaba una iglesia la línea final casi siempre era el amor. Así escribió a los Colosenses luego de enumerar varias virtudes cristianas: "Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto" (Col 3:14)

El apóstol Pedro estaba igualmente de acuerdo: "Y ante todo tened entre vosotros ferviente amor, porque el amor cubrirá multitud de pecados" (1 Pedro 4:8)

Es por tal razón que Pablo, en el texto que nos ocupa comienza con un reclamo relevante: "os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados".

Hemos sido escogidos desde antes de la fundación del mundo, nos han redimido en Cristo, nos han perdonado todos los pecados, nos han sentado en los lugares celestiales con Cristo y ahora se espera y se requiere una respuesta.

La acción de Dios siempre requiere una respuesta. No es una respuesta cualquiera. Es aceptar el reto de vivir nuestra fe a la manera de Dios. Es cierto que la acción de Dios esta ligada a nuestra acción humana, pero somos responsables.

Si la salvación en Cristo es tan buena, entonces vivamos como si nos gustara vivirla en todo su potencial. Esto ha de requerir el ejercitar nuestra voluntad y nuestra determinación de poner en acción lo que Dios demanda de nuestras vidas. No es suficiente tener un conocimiento de la fe cristiana, tenemos que practicarla.

La metáfora de "andar" sugiere algo controlado, con paciencia, que tiene progreso y con un sentido de dirección; y no algo frenético o sin objetivo. Necesitamos hacer un compromiso de fidelidad de por vida para poder reflejar a Cristo. Discipulado sin disciplina no existe. Debemos de vivir con la dignidad del llamado de Dios.

Recibimos una salvación de un millón de dolares y le damos a Dios una respuesta de cinco centavos.

Una correcta teología nos lleva a una correcta conducta. No una teología de cerebro sino de corazón.  
Comprender el llamado de Dios es ser sinceros y honestos, e ir hasta lo profundo de nuestro ser interior.  
Por un acto determinado de nuestra voluntad asistido por el poder del Espíritu Santo nuestras vidas deben mostrar la dignidad de la vocación cristiana.  
Somos llamados a recibir y a mostrar la gracia de Dios.

Para este llamado vocacional como Cuerpo de Cristo, como Iglesia de Dios que genera vida porque tiene vida, que genera salud, porque está saludable emocional y espiritualmente es que Dios nos reta a vivir una ética relacional.

Una ética relacional – unos a otros

Cuatro virtudes presenta Pablo para vivir con dignidad el llamado de Dios en la iglesia de Dios.

Humildad, mansedumbre, paciencia y amor tolerante.

Humildad es renunciar la idea de que somos el centro. Es renunciar a ser ególatras, amadores de nosotros o nosotras mismas.

Tener una comprensión apropiada de nosotros mismos es crucial para la vida de fe. No somos gusanos, pero tampoco somos dioses. Somos la corona de la creación, creados para vivir en relación con Dios y con los demás con la marca distintiva y divina de la imagen de Dios (imago dei). Sin Dios no tenemos significado, encontramos significado en Dios y con Dios.

Como somos especiales, en el proceso nos hemos vuelto egoístas y cazadores de nuestro propio destino.

Comenzamos a vivir el drama de Genesis 3 con nuestras actitudes arrogantes, que muchas veces pasan por espirituales.

Toda nuestra energía se centra en nuestro yo, y en nuestras perspectivas utilizando el Reino de Dios como excusa.

Comenzamos a buscar el reconocimiento, el respecto, el honor y la autoridad. Comenzamos a buscar lugares de entrenamiento (entretenimiento del yo) asertivo, de superioridad, y de ser el número uno. Entonces surgen los celos y el menosprecio de los demás. Comenzamos a creer que somos más espirituales, más ungidos, que estamos en la onda. Este individualismo y auto afirmación personal son los enemigos de la madurez cristiana.

Entrega tu honor y tu prestigio y tu clase como algo a que atenerse. Somos importantes, pero no debemos darnos importancia ni buscar ser importantes. No somos el centro, Dios es el centro. Todo lo que somos es un don inmerecido, porque alardear de la unción cuando Dios es la fuente de ella.

Nuestras relaciones mejoran, la salud emocional se enriquece cuando la gente comience a percibir que de veras nos interesamos por su bienestar y que no existe deseo en nosotros de hacerles sentir inferiores y de que solo buscamos promover nuestra propia agenda.

La humildad es una decisión y un hábito que desarrollamos. Es tener una clara conciencia de la presencia de Dios, de nuestra propia pecaminosidad y fragilidad y de que todas las demás personas tienen el mismo valor.

Nuestra pastoral y el liderazgo tiene que modelar esta actitud que hubo en Cristo. Y es precisamente en esta área donde a veces fallamos.

Ser humildes comienza cuando somos capaces de enfrentarnos con nosotros mismos; cuando vemos nuestra propia debilidad, nuestro propio orgullo, nuestro propio fracaso. Es la visión de uno mismo en la contemplación de Cristo y en la comprensión de Dios. Somos criaturas de Dios, dependiendo de El

Es una tentación cuando nos ponen en el centro del escenario, en el púlpito para que seamos actores, ejecutemos cosas, nos dan autoridad y somos sujetos a una continua revisión crítica. Cualquier defecto nuestro se magnifica. Es por esto, que debemos ejercer la humildad y reconocer cuando fallamos.

La próxima virtud es la mansedumbre.

Es el punto medio entre la cólera excesiva y la mansedumbre excesiva; es el centro entre encolerizarse demasiado y no encolerizarse nunca. Es el término que se utilizaba para el animal adiestrado para obedecer el mando, o el animal domesticado bajo completo control. Es el que tiene bajo perfecto control cada instinto, cada pasión, cada moción de su mente, de su corazón, de su lengua y de sus deseos.

Para ser mansos debemos renunciar a ser rudos y violentos en nuestro hablar.

Una iglesia saludable no puede existir allí donde imperan las amenazas, la intimidación y la fuerza.

Hay creyentes que son tan ásperos y hostiles que nadie desea estar alrededor de ellos y luego se quejan de soledad.

Aún cuando estén correctos en sus argumentos, están repulsivamente correctos.

La mansedumbre nos lleva a estar sensibles a los demás, a no desear hacerles daño con los rumores, a darle valor a los demás. Cuando hay mansedumbre, la gente crece, se nutre, se alimenta y madura.

La mansedumbre es importante en la iglesia pero de igual manera, en la vida secular y mayormente en el ambiente de familia.

Pero allí donde existe la confianza familiar y donde relaciones amorosas son necesarias es donde a veces fallamos en mostrar mansedumbre.

Mucho daño físico y emocional es manifiesto en la familia.

Muchos hijos, hijas y esposas han sido devastados por un lenguaje degradante, hiriente y por la violencia. Encontramos en nuestras iglesias los ofensores mayores de violencia doméstica.

Necesitamos ver a los miembros de la familia con una etiqueta que diga: "Frágil, manéjelos con delicadeza". La mansedumbre nutre a la gente, los respeta y permite que ellos bajen sus defensas y breguen con sus problemas de una manera más objetiva.

La paciencia es la virtud que gana batallas sin pelear. Para ser pacientes debemos dejar la tiranía de nuestras propias agendas y proyectos.

A veces tenemos la sensación de que es el tiempo de llevar a cabo nuestras agendas mientras que los demás no le ven así. Nuestra sociedad nos nutre de lo que se llama "lo quiero ahora". Eso de que no debemos esperar de que ocurran ciertas cosas y de que la gente lo entienda para hacer algo es otra forma de ego-centrismo. Una falta de paciencia revela un alma estrecha y enferma.

La paciencia es la grandeza de carácter que valora a las demás personas lo suficiente como para darles espacio y tiempo para fallar, aprender y desarrollarse.

La paciencia en nuestro diario vivir es especialmente necesaria como para permitir que la gente tenga un espacio para madurar a su propio ritmo en lugar de que lo hagan todo correcto y pronto. Pablo dijo: "Hijitos por quienes sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes". Amor tolerante. Para tener amor tolerante es necesario que cedamos a nuestros propios derechos.

Ten cuidado de plantarte en tus propios derechos porque entonces Dios puede plantarse en los de El. No habrán relaciones saludables allí donde nos plantamos en nuestros propios derechos.

Reconozcamos que nosotros muchas veces hemos sido un dolor de cabeza para los demás.

Estamos enlazados en un pacto con todos los miembros del cuerpo de Cristo, una decisión que nunca debemos abandonar.

El amor es una decisión, un acto de tener cuidado de los demás, de interesarnos en sus dolores y luchas y darle atención y cuidado pastoral cuando más lo necesitan. Lo opuesto al amor no es el odio, sino la indiferencia. Y la indiferencia duele. Nos hacen invisibles, nos convierten en el enemigo en lugar de sus hermanos y hermanas en Cristo. Las diferencias no nos hacen enemigos sino que nos llaman al amor tolerante y la crecer en Cristo.

Sencillamente amemos y luego aprendamos a amar. En lugar de una silla de juicio, presentemos una plataforma de amor tolerante para levantar a la gente. Esto implica tolerar actividades, decisiones e inconveniencias que no nos gustan. Padres hacia sus hijos e hijas adolescentes.

Hermanos y hermanas en la fe. La iglesia necesita amor tolerante. Tolerar la música y estilos de adoración que no nos satisfacen. Esto implica acompañar a nuestros hermanos y hermanas cuando pasan por tiempos de conducta difícil para no cancelar nuestra relación en Cristo.

¿Será este sentir de virtudes cristianas necesario y útil?

¿Funcionará este tipo de comportamiento?

Una vida digna de la vocación a la que hemos sido llamados es una vida en hermandad cristiana. La hermandad cristiana, la vida abundante y la salud integral no se pueden dar aparte de la humildad, la mansedumbre, la paciencia y el amor tolerante.

Hay gente que tienen la habilidad de siempre llamar la atención y requerir atención 24 horas al día. Esto es ser egoístas. Debemos desarrollar la madurez y la habilidad de interesarnos y tener cuidado por los demás.

Cuando la gente sigue egoísta, irresponsable y una carga para los demás entonces y entra la justicia. porque el maor

busca la justicia y se interesa lo suficiente como para confrontar o de lo contrario no es amor.

Hablar la verdad en amor (4:15) es contrario al pensamiento de que los abusos por otras personas deben ser tolerados. Por eso Pablo confrontó la hipocresía de Pedro en Antioquia así como la actitud de los creyentes en Corintio y Galacia.

La unidad en el Cuerpo.

No podemos tener a Cristo solo para nosotros. Tenemos a Cristo en la vida de la comunidad de fe. Cristo nos ha dado la paz y ha creado la unidad. Tenemos nosotros que entenderla y vivirla. Lo que hacemos en nuestra relación con los demás debe surgir de nuestra comprensión de la unidad y debe producir unidad. La unidad en Cristo es el inicio y la meta final de los creyentes que forman la iglesia de Dios. No podemos ser creyentes maduros por nosotros mismos, por razón de que no podemos darnos todo lo que se requiere de una vida de fe. Aún cuando Cristo puede suplir nuestras necesidades directamente, Él ha decidido llenar de su gracia a otros creyentes para que ellos contribuyan a nuestra madures y nosotros a la de ellos. (O somos uvas o canicas.)

La gracia nos viene de Dios, verticalmente pero Dios la canaliza horizontalmente a través de los miembros del Cuerpo de Cristo. (A cada uno le es dada la gracia de Dios, dad por gracia lo que por gracia recibes).

La unidad no significa uniformidad. La individualidad e independenciam de cada cual debe ser guardada. La unidad se logra a través de la riqueza de la diversidad en el Cuerpo de Cristo Universal.

La Unidad no se debe lograr a cualquier precio. La Unidad no es la meta, la Unidad en Cristo que nos viene de un compartir unos con otros en la fe y el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Las siete áreas de unidad teológica en Efesios 4:4-6 hacen que nuestras diferencias luzcan como granos de tierra diminutos.

¿Serán algunos grupos cristianos menos pecaminosos o más espirituales? Cuidado que todos los creyentes de las diversas iglesias y tradiciones se divorcian por nada, cometen adulterios, ocurre la violencia doméstica, tiene hijos fuera del matrimonio, son deshonestos, mienten, tienen problemas de adicción de toda clase.

Ninguna Iglesia visible es la Iglesia Invisible, el Cuerpo de Cristo. Solo Dios conoce quién está en su cuerpo y debemos aprender a mirar las cosas desde el lado de Dios y no nuestro.

¿Qué es lo que Dios ve, denominaciones, no-denominaciones, independientes, apóstolicos etc.?

No, otra vez, no. Dios mira, Dios ve gente en Cristo. Vivamos en unidad y mantengamos el enlace de la paz. No tenemos el monopolio de la verdad. Es más bien la verdad la que nos impacta y nos envuelve a nosotros. No sabemos toda la verdad, vemos como por espejo, pero tenemos a Cristo, vivimos en Cristo, nos sujetamos al Señorío de Cristo y esto nos basta.

Debemos enfocarnos en el evangelio y en lo que Dios ha llevado a cabo a través de Cristo, y menos en nuestra habilidad para definir la verdad porque ahora vemos como por espejo.

Lucero dijo que la verdad se pierde en medio de nuestras discusiones y debates y aflora las disputas y la división. Entonces solo fragmentamos el Cuerpo de Cristo buscando la escatología correcta, la visión de éxito. Perdemos el foco del plan de salvación, del evangelio de la buena noticia para lo menos afortunados.

Más aun se nos olvida que Él es un solo Dios, y Padre de todos y no de unos pocos privilegiados; que está sobre todos y no someternos a la cobertura de hombres humanos

que la ponen en venta como lo que son, unos super apóstoles. Que Dios es por todos, por tal razón defendamos la causa del pobre y desválido. Que Dios está en todos, cuidémonos de creernos los únicos creyentes.

¿Qué es la verdad? La verdad no es un concepto, sino una persona llamada Jesucristo.

La verdad no se debe sobre estimar. Las tres personas de la Trinidad están ligadas a la verdad. Cristo dijo que el la verdad, Al E.S se le llama el Espíritu de verdad y Dios es el Padre de verdad, verdadero. El evangelio es la palabra de verdad. Los creyentes debemos hablar la verdad. Se debe adorar en Espíritu y en verdad. La verdadera adoración es comunicar la verdad acerca de Dios. Confesar es decir la verdad acerca de nosotros mismos. La consejería es el proceso de ayudar a la gente a lidiar con la verdad.

La verdad de Dios en Cristo es la realidad suprema sobre la cual se someten todas las verdades.

Por tal razón Dios ha querido reunir todas las cosas en Cristo, nuestra suprema realidad.

Vivir la verdad en amor no es un ejercicio abstracto, sino práctico, personal, vivencial y relacional.

No existe otro fundamento para una vida abundante en el Cuerpo de Cristo y unas relaciones personales saludables entre unos y otros.

La medida de nuestra estatura y de nuestra madurez sigue siendo la plenitud de Cristo.

Para que ya no seamos niños fluctuantes, ambivalentes, creídos, egoístas, sino que nos confrontemos a nuestra realidad frente a la verdad y con la verdad.

Si deseamos una iglesia saludable entonces debemos crear un lugar seguro para que la gente pueda ser aceptada por lo que son y puedan hablar con honestidad acerca de sus temores, frustraciones, sueños y esperanza. La iglesia y no la barra o el happy hour debe ser el lugar donde la gente

pueda hablar la verdad en amor y puedan escuchar que se les contesta en amor.

Los creyentes necesitamos especializarnos en el arte de la comunicación. Nunca es fácil saber qué decir y cómo decirlo.

A veces decir la verdad requiere confrontación y requiere dejarle un espacio a los demás para que la descubran por ellos y ellas mismas.

La verdad no hace daño y el amor no distorsiona la realidad.

El amor se regocija de la verdad.

Tanto el amor como la verdad se necesitan para tener una Iglesia vibrante, llena de vida y salud integral.

La lealtad hacia la gente nos puede cegar a ver la realidad. Y entonces la integridad se pierde en el proceso.

La lealtad a Cristo, a la verdad, a comunicarnos en amor y a desarrollar las virtudes cristianas nos lleva a la verdadera libertad donde hay vida y salud integral.